



VIAJE SOSTENIBLE

La guía esencial para aventuras
con impacto positivo

VIAJE SOSTENIBLE

HOLLY TUPPEN

ANAYA
TOURING

VIAJE SOSTENIBLE

La guía esencial para aventuras
con impacto positivo

HOLLY TUPPEN

ANAYA
TOURING



Contenido

4 Introducción

¿Podemos viajar mejor?

- 8 ¿Qué es el viaje sostenible?
- 11 La crisis climática y de biodiversidad
- 14 Viajar en el Antropoceno

Entender el carbono

- 20 El impacto del viaje
- 22 Reducir tu huella de carbono
- 31 Nota sobre la compensación de emisiones: usar con precaución

Planificar un viaje

- 34 Dónde ir
- 45 En qué gastar
- 45 Cuándo ir
- 47 Cómo llegar
- 54 Dónde dormir
- 66 Qué llevar en el equipaje
- 68 Una vez allí

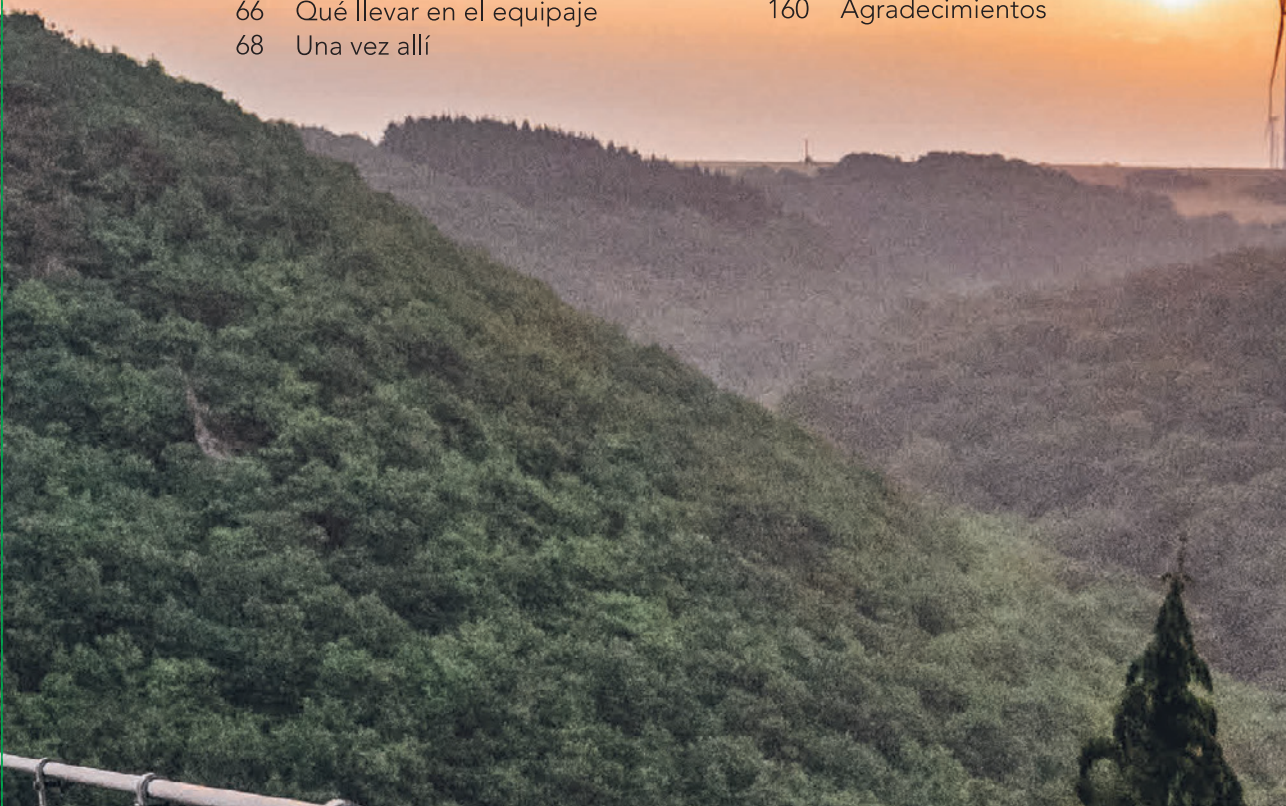
El viaje regenerador

- 72 Dar apoyo a las comunidades
- 82 Salvaguardar la cultura
- 91 Proteger la naturaleza
- 102 Reconstruir los lugares
- 109 Mejorar las ciudades

Hacer que valga la pena

- 117 Oceanía
- 122 Norteamérica y el Caribe
- 129 Sudamérica y Centroamérica
- 134 Europa
- 141 África
- 146 Oriente Medio
- 153 Asia

- 158 Índice
- 160 Agradecimientos



Introducción

Descubrí lo que era el viaje sostenible como resultado de una aventura. Todo empezó cuando mi novio y yo compramos un mapa del mundo y marcamos lo que nos interesaba. El viaje de pronto cobró vida, y decidimos dar la vuelta al mundo sin aviones. Sin darnos cuenta, los ferris se convirtieron en expediciones marítimas y los autobuses en aventuras en bici de casi cinco mil kilómetros, y el itinerario se llenó de lugares desconocidos. Aquel viaje ha tenido un impacto duradero en todo lo que pienso, desde el amor hasta la política.

Al volver a Londres, tuve la suerte de conseguir trabajos ideales: en la plataforma con viajes sin vuelos *Green Traveller*, de editora de *Green Hotelier*, y como experta en viaje sostenible y redactora para *The Long Run*, *The Guardian* y el *World Travel and Tourism Council*. Los viajes lentos se convirtieron en sostenibles, lo que pronto se hizo popular.

Pero la buena racha no duró. Sentía una tensión constante entre lo que me encanta del viaje y su cara más amarga. Por una parte, me aporta inspiración, crea vínculos y tiene el poder de renovar a las personas y lugares. Por otra, expulsa a los habitantes locales, provoca daños medioambientales y se ha convertido en un producto implacable.

Me ha enfurecido el «blanqueo verde», me he deprimido ante montañas de plásticos y me ha entristecido el saber que hay vidas destruidas por el cambio climático y el sobreturismo. Cuanto más sé sobre la crisis climática y el aspecto comercial de los viajes, más difícil ha sido digerir la hipocresía de la sostenibilidad al viajar.

No obstante, en incontables viajes con la prensa, aventuras y entrevistas, me ha abrumado el poder del viaje sostenible. He llorado de emoción por personas que pasan la vida luchando por un cambio

positivo a pesar de todo, y de asombro por la complejidad, belleza y magnitud de la conexión de la humanidad con la naturaleza. Al obligar al mundo a una parálisis inimaginable, la COVID-19 ha hecho patente todo lo bueno y lo malo de los hábitos viajeros.

Más que combatirlo, he llegado a aceptar esa contienda entre lo bueno y lo malo del viaje. Me mantiene a raya. Me impide subir a un avión siempre que puedo y me ayuda a comprometerme con las aventuras más próximas a casa. Y si tengo que volar, lo compenso hablando del cambio. Como el turismo ha recibido un duro golpe por la COVID-19, esto es más importante que nunca.

Espero que este libro te lleve a un viaje similar. Primero a explorar por qué hablamos de sostenibilidad y por qué es necesario actuar; y después, a cómo es esa acción y cómo podemos tomar decisiones estando mejor informados. Existen marcadores para identificar auténticos viajes sostenibles y desarrollar una «intuición viajera responsable» para combatir el «blanqueo verde». Luego llegará la inspiración. En «El viaje regenerador» (págs. 70–113), verás ejemplos de cómo el viaje puede cambiar el mundo: ya sea protegiendo el patrimonio, apoyando a las comunidades o salvando especies. Por último, tienes una guía para hacer que el viaje valga la pena en cada continente.

En este libro de viajes no todo es de color de rosa. El viaje sostenible conlleva algunas cuestiones peliagudas. La sostenibilidad es compleja y debemos iniciar un debate y realizar acciones conscientes para evolucionar.

Pero no debemos desanimarnos. A medida que avanzamos en una nueva década —la más crítica hasta ahora para la supervivencia de nuestra especie—, la industria viajera se tambalea ante un precipicio. Puede escoger la vía de la sostenibilidad o caer al abismo. Como viajeros, exploradores, activistas, votantes, aventureros y seres que obtienen energía de las maravillas naturales de la Tierra y su diversidad cultural, podemos cambiar de forma colectiva hacia la luz.



¿Podemos viajar mejor?

Para entender por qué necesitamos viajar de forma más sostenible y cómo hacerlo, antes debemos desenmarañar la pregunta cada vez más compleja: ¿podemos justificar el viaje durante una crisis climática? Sería imposible responderla sin haber analizado el contexto científico, pero este libro demostrará que sí se puede justificar; solo hay que cambiar la forma de viajar.

Este capítulo analiza por qué se formula la pregunta, por qué debería preocuparnos (al fin y al cabo, estamos de vacaciones), y establece la base para un enfoque de viaje sostenible. Ser un viajero más consciente no beneficia solo al planeta, no sirve solo para poder alardear, sino que es fundamental para seguir haciendo lo que nos encanta: explorar y entender el mundo.

¿Qué es el viaje sostenible?

La Organización Mundial de Turismo (OMT) define así el turismo sostenible: «Tiene en cuenta su impacto presente y futuro en la economía, la sociedad y el medio ambiente, y satisface las necesidades de los visitantes, la industria, el entorno natural y las comunidades anfitrionas».

Pero una definición tan vaga ya no basta. ¿Verdaderamente las necesidades de los visitantes y de la industria de viajes deberían supeditarse a las necesidades del medio ambiente y de las comunidades autóctonas? ¿Ha llegado el momento en que conocer el impacto de nuestras acciones ya no es suficiente, y de ahora en adelante debemos esforzarnos por aportar un impacto positivo dondequiera que vayamos?

Mejor que obcecarse en la definición de la sostenibilidad (donde sostenibilidad simplemente significa ser capaz de continuar una y otra vez), quizá, ahora, en plena emergencia de crisis medioambiental, debemos aspirar a experiencias transformadoras y regeneradoras: a un viaje que financie la protección de la naturaleza; que empodere a las partes marginadas de la sociedad; ideado y dirigido por y para las comunidades; que nos ayude a aprender de los pueblos indígenas; que sane; que nos acerque más a nuestro entorno natural y patrimonio cultural; que enriquezca tanto al anfitrión como al visitante; que nos cambie mental y emocionalmente para mejor.

Cuando empezamos a pensar así, queda claro que no hemos hecho más que comenzar. ¿Cómo podemos viajar mejor por nuestro lugar de origen? ¿Cómo democratizamos el viaje? ¿Qué hay de los viajes virtuales? ¿Cómo puede mejorar el viaje la diversidad y la inclusión? ¿Cómo viajar puede hacer los lugares más resilientes ante el cambio climático? Como viajeros, también empezamos a mirarnos a nosotros mismos: ¿cómo pueden ayudarnos nuestras experiencias de viaje a conectar más profundamente con el mundo natural y entre nosotros?

En este momento de la historia, resulta evidente que, al margen de la terminología, el viaje sostenible es un trayecto. No es algo simple; debemos seguir aprendiendo, adaptándonos e inspirando a otros para que hagan lo mismo. Cuanto antes subamos a bordo y nos unamos al reto, mejor.





La crisis climática y de biodiversidad

La palabra «sostenibilidad» es tan cotidiana en nuestro vocabulario que es fácil olvidar por qué la usamos. Antes de empezar a detallar cómo podemos conseguir mejorar el viaje, vamos a rebobinar para entender por qué debería importarnos.

El cambio climático se inició en la década de 1970. En primaria aprendí sobre la deforestación, el calentamiento global y la extinción animal. Lo recuerdo con claridad porque me pareció increíble: ¿por qué harían algo así los seres humanos? Resulta muy triste que mis hijos estén pasando por el mismo tormento emocional a causa de los mismos temas. Para ser una especie que ha evolucionado y progresado tan rápido estamos tardando mucho con algo que podría acabar con todos.

No es de extrañar que nos hayamos sentido confundidos, incapaces de distinguir la verdad o de llegar a encontrar la mejor vía de actuación. Algunos han mirado hacia otro lado y otros se han angustiado.

En 2019 el debate climático ocupó titulares y nació una nueva «crisis». Muchos dicen que es gracias a famosos portavoces como Greta Thunberg, quien saltó al estrellato con la ayuda de los medios y una juventud ávida de causas. Otros dicen que es una vía de escape para el malestar político y social generalizado; una expresión de angustia ineludible. Pero, en realidad, el cambio climático se convirtió en una crisis en 2019 porque las peores previsiones se hicieron realidad.

El calentamiento global ha empezado a cambiar los patrones meteorológicos y a impactar en la vida. Incendios descontrolados en California y en Australia, el huracán María arrasando Puerto Rico y dos ciclones seguidos en Mozambique —zona que jamás los había sufrido— son solo algunos de los sucesos climáticos de los últimos años. Además, estamos experimentando el lento ascenso de las temperaturas, lo que hace que las ciudades sean inhabitables, provoca sequías todo el año y pone a más de 8,6 millones de estadounidenses en peligro de inundación costera.

La Tierra ya ha experimentado cambios climáticos en el pasado. Durante décadas, este argumento de las fuerzas del mercado, los *lobbies* de combustibles fósiles y las políticas cortoplacistas nos ha hecho seguir como si nada, lo que significa producir en masa más dióxido de carbono y destruir más ecosistemas para crear más cosas y comodidades por menos dinero. El beneficio a corto plazo ha prevalecido frente a la prosperidad a largo plazo.

Esta vez es diferente. El promedio mundial de carbono atmosférico es de 407,4 partes por millón, lo que supone un aumento del veinticinco por ciento desde que empezamos a quemar combustibles fósiles a escala masiva en la década de 1950. Esto genera temperaturas inauditas en la Tierra desde tiempos prehistóricos.

Además del problema con el carbono, sufrimos una crisis de biodiversidad. La continua destrucción de los hábitats significa que estamos perdiendo especies a un ritmo mil veces mayor que su tasa natural de disminución. El Índice del Planeta Vivo de 2020 muestra que las especies han disminuido en un sesenta y ocho por ciento desde 1970, y hemos perdido hábitats naturales de ocho veces el tamaño del Reino Unido desde 2000. Hemos consumido en exceso. El Fondo Mundial para la Naturaleza predice que actualmente consumimos un veinticinco por ciento más de recursos naturales de los que el planeta puede sostener.

A diferencia de anteriores fluctuaciones climáticas, la crisis actual es de origen humano. Nuestro impacto biológico, químico y físico es tan devastador que los científicos creen que estamos entrando en una nueva era geológica. Por primera vez en la historia de la Tierra, los humanos son la fuerza motriz del cambio ambiental. Esta nueva época se conoce como el Antropoceno.

Pero hay esperanza. Un informe de la revista *Nature* de 2020 demostró que podemos detener o incluso revertir la pérdida de hábitat y la deforestación, sobre todo, cambiando nuestros hábitos alimenticios. Sir David Attenborough dijo que esta podría ser la década en que nos convirtamos en administradores del planeta. «Hacerlo requerirá cambios sistémicos en la forma en que producimos alimentos, creamos energía, gestionamos nuestros océanos y utilizamos materiales —dijo a la BBC—. Pero, sobre todo, requerirá un cambio de perspectiva. Pasar de ver la naturaleza como algo opcional o «agradable» a verla como la única gran aliada que tenemos para restaurar el equilibrio de nuestro mundo».

